Ejército de ciegos

Ejército de ciegos

Testimonios de la Revolución en Chiapas

ANTONIO GARCÍA DE LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIAPAS
UNACH
GS

Primera edición en Grano de Sal, 2025
Primera edición en Ediciones Toledo, 1991

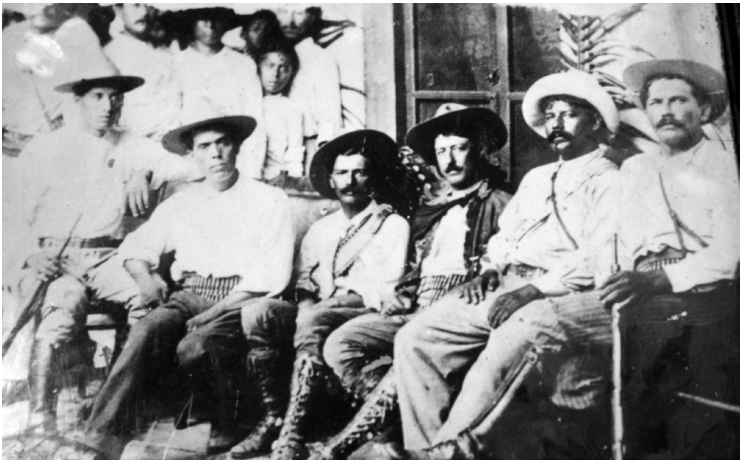
Diseño de portada: Estudio Ahuehuete
Fotografía de portada: Museo Histórico de la
Región Frailesca, tomada por José Guadalupe Gómez
Fotografía de solapa: Silvia González de León

D. R. © 2025, Libros Grano de Sal, SA de CV
Av. Río San Joaquín, edif. 12-B, int. 104, Lomas de Sotelo,
11200, Miguel Hidalgo, Ciudad de México, México
contacto@granodesal.com | www.granodesal.com
GranodeSal LibrosGranodeSal grano.de.sal

Todos los derechos reservados. Se prohíben la reproducción
y la transmisión total o parcial de esta obra, de cualquier
manera y por cualquier medio, electrónico o mecánico
—entre ellos la fotocopia, la grabación o cualquier otro
sistema de almacenamiento y recuperación—, sin la
autorización por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-970-96665-4-0

Impreso en México • *Printed in Mexico*



De izquierda a derecha, coronel Sóstenes Ruiz, general Héctor Macías Zebadúa, general Tiburcio Fernández Ruiz, general Agustín Castillo Corzo, coronel Leocadio Velasco y general Francisco Ruiz (Museo Histórico de la Región Frailesca, tomada por José Guadalupe Gómez).

Ejército de ciegos,
uno tras otro, de repente,
metiendo el pie en el hoyo de la muerte

JAIME SABINES, *Sigue la muerte,* III

—¿Pero por qué lo han hecho?
—Pos porque otros lo han hecho también. ¿No lo sabe usté? Aguárdenos tantito a que nos lleguen instrucciones y entonces le averiguaremos la causa. Por lo pronto ya estamos aquí.

JUAN RULFO, *Pedro Páramo*

Pájaros y roedores

Prefacio a la segunda edición

Agotados los veneros de la patria imaginada por el nacionalismo de la Revolución mexicana, que se fincaba en la certidumbre de las sociedades rurales, asistimos en las décadas finales del siglo pasado a los últimos alientos de las evocaciones y las permanencias de ese mundo campesino en la periferia del mapa nacional: de ese universo de memorias únicas y colectivas, que se insertaba como un marcador de las certezas del pasado inmediato y se convertía, al paso del tiempo, en la ficción que caracteriza precisamente a los mitos de tradición oral.

La transcripción de los testimonios que se compilan en este libro, relatos de los sobrevivientes que en el pasado se enfrentaron entre sí en las escaramuzas sangrientas de las diferentes facciones de la Revolución en los valles centrales de Chiapas, ocurrió a finales de los años setenta del siglo pasado: cuando los narradores formaban parte de una Asociación de Veteranos de la Revolución adscrita al partido de Estado. Y a pesar de haber combatido en bandos opuestos, ya sin ningún resentimiento entre sí, narran juntos los sucesos que les tocó vivir, en una zona de sombras que se despliega siempre entre la historia y la añoranza, un territorio que poblaron y modelaron juntos al compartirlo y hacerlo verosímil: de la misma manera que, en el origen, los dioses nómadas de los Altos de Chiapas fueron creando el mundo con sus palabras mientras lo recorrían y lo consolidaban.

En este territorio de hombres animales y espíritus dobles con apariencia de insectos, meteoros, pájaros y bestias de monte, de almas compañeras que presiden protecciones individuales, clánicas y geográficas, no es nada absurdo que haya un tejido zoológico que explique las pugnas y que muchas de éstas aparezcan representadas como una fauna en lucha constante. La marea revolucionaria

que llegaba de México, y sus efectos locales, fueron a menudo vistos como correrías nocturnas, escaramuzas de subsistencia, acechos invisibles, ciclos renovados de creación-destrucción; o bien, sólo como extrañas evocaciones de antiguas guerras de rapiña cuyo recuerdo reposaba en el sueño ligero de la conciencia colectiva. Muchas de estas remembranzas yacían allí desde antes de la conquista, pobladas de hombres-murciélago, hombres-rata, hombres-ave. Sobre la encendida llama de los relatos, a guisa de ejemplo, se evoca hasta hoy la destrucción de Ostuta, y otros pueblos del Grijalva, ocasionada por bandas nocturnas de murciélagos en una época en que los rayos del sol aún no alejaban la maldad original, en la que el dios tutelar de los *sots'ilwinik* —desde el centro de *Zinacantán Sots'leb*— destruía con sus alas los caseríos rivales de la tierra caliente. Las incursiones armadas de los tzotziles de los Altos a la misma región en 1911 sólo confirmaban, como en la teatralización preconcebida de un carnaval sangriento, la repetición necesaria y cotidiana de los mitos. Las eternas banderías animales salían de nuevo a la superficie de la memoria, mientras los rayos del sol cobijaban al *nahual* colibrí de Jacinto Pérez Ch'ixtot, *Pajarito,* cabeza de un clan de San Juan Chamula, para protegerlo de las acometidas del Batallón de Tuxtla, a la postre vencedor (y bautizado no sin simbolismo como "los gavilanes").

La resistencia terrateniente que estalló en 1914 como respuesta a la ocupación constitucionalista fue también una guerra de astutos roedores: los *mapaches,* cuyas costumbres militares de guerrilla sorpresiva, montaraz y nocturna, el ascenso irresistible de su consenso silvestre, o sus hábitos alimenticios, solamente recreaban las costumbres de su doble animal, inmortalizadas en la memoria por el amuleto de uñas de mapache que el coronel Sínar Corzo llevó siempre sobre el pecho. Los soldados carrancistas, animales del norte, regaron también con su sangre el reciente origen mítico de las ratas domésticas; y a través de ellas, sus costumbres predatorias adquirieron una inmortal cotidianeidad. En un sentido amplio, el conjunto de la sociedad chiapaneca —y la finca como su doble representativo, su alma profunda y rural— heredó las esencias protectoras de la antigua comunidad sobre cuya destrucción se alzaba. El mundo de los ladinos era así, paradójicamente, el continuador, por los retorcidos vericuetos de raíces, linajes y

ceibas, de muchos de los recursos reproductores de la resistencia indígena.

Individualmente incluso, los rebeldes ostentaban nombres zoológicos en los que se adivina la traza de los animales compañeros y de los espíritus guardianes de fincas, hatos y aldeas. Estas aves y roedores recreaban también las más profundas lealtades, el sustrato clánico de la "familia chiapaneca", cuyas raíces eran lejanas y recurrentes en el tiempo largo y que se remitían a una pretendida y antiquísima animalidad de los pobladores de la comarca, la cual resurgía tenaz a la menor provocación (para Vicente Pineda, por ejemplo, los chamulas sublevados de 1869 eran "animales rapaces nocturnos que querrían hacerle la guerra al sol porque sus rayos los ciegan"). Por eso en los santorales y mitologías, en el renovado acontecer de los oráculos, las pugnas de la Revolución se integraron lenta y naturalmente entonces al bestiario de animales protectores y protegidos. Los mapaches se asumían como tales, los zapatistas ("armadillos") se integraban al folclore de los zoques al mismo nivel que los seres sobrenaturales, generalmente antropófagos, que poblaban sus húmedos bosques desde el florecer milenario de la cultura olmeca. La tibia reforma agraria proclamada por Carranza se asumió entonces como la ayuda providencial de una fuerza externa que permitía disminuir, aunque sólo lo fuera en espacios muy delimitados, el poder opresivo de los finqueros y caciques ladinos. Así, los mitos sacralizaron de nuevo la historia e hicieron eterno el agradecimiento de los indios por ese pequeño espacio de poder que les fue cedido por los soldados del lejano norte.

Aparecen entonces los ancianos tzeltales de Sivacá invocando el origen de las ratas domésticas y explicando por qué éstas se pasean libres por campos, silos y habitaciones, como "animales consentidos o domésticos" *(alak´il),* mascotas del hombre:

> Es que antes no había ratas —recuerda uno de ellos—, no había más que una sola clase de ratas rojas de campo. Se cuenta que en tiempos de revolución vino el tiempo de las muertes sin sentido y que las gentes se mataban mucho entre sí, o eran muertas por los rebeldes o los soldados. De una parte, eran los rebeldes y de la otra los *carranzas,* y entre ellos también se mataban. Pero los *carranzas*

> eran buenos y protegían a los habitantes de los pueblos, mientras que los rebeldes eran malos y no respetaban a nadie: a ellos se les llamó entonces *mapaches*. Cuando la guerra terminó, cuando ya no hubo más la discordia, la sangre de los *carranzas* muertos dio lugar al nacimiento y origen de las ratas domésticas. Su sangre se transformó en rata y se les llamó "ratas *carranza*". Es por todo esto que hoy nos siguen y nos corren suplicantes alrededor; y nosotros las cuidamos porque los *carranza* regaron su sangre para darnos la libertad, porque querían sacudirnos el poder de la finca y no pudieron. Por eso cuidamos esas ratas [...]

Pero en el torrente de los hechos, la Revolución para los indios y campesinos llegó después, a partir de 1921, cuando los rescoldos nunca apagados de la resistencia secular se vieron reavivados por las contradicciones del siglo XX, cuando el hilo conductor de su lucha bajó a la región de las plantaciones, cuando el Soconusco fue barrido por los vientos sociales de la crisis mundial, cuando las cajas habladoras empezaron a balbucear el lenguaje de la organización sindical de los jornaleros agrícolas. A partir de entonces, los mitos que ligaban el pasado con el futuro, tendidos como urdimbre invisible entre lucha y lucha, dejaron de pertenecer exclusivamente a los indios.

LA MEMORIA DEL LLANO

Era un ejército de ciegos que como bandada de pájaros se estrellaban contra el muro de la muerte, mariposas cegadas por la fuerza de esa luz repentina e incomprensible; de cuando Chiapas empezó de nuevo a girar sobre la ruleta de la nación entera, en años de revuelta y muerte violenta, y con ese olor a pólvora que cubre los recuerdos hilvanados y deshilvanados, de lo que se dice con palabras y lo que se define con silencios y verdades construidas.

Así son los diez relatos que aquí se agrupan. Los hemos seleccionado entre 52 narraciones autobiográficas grabadas en 1977 y 1978 en los municipios de Villa Flores y Villa Corzo, con veteranos participantes de la lucha rebelde que barrió los valles centrales de Chiapas entre 1914 y 1920. Son, tal vez, lo más significati-

vo de una colección incompleta, un muestrario del espíritu de esa época y de esa región: testimonios del mundo rural de La Frailesca, el Valle de los Corzos y Cintalapa. Hablan personas de diferentes clases sociales, con intereses a veces encontrados, pero formados todos en el ambiente de las fincas ganaderas que, desde la época colonial, se implantaron en los llanos que vierten sus aguas al alto Grijalva.[†]

En esta porción occidental de los valles, y sobre la destrucción de los pueblos indios de lengua chiapaneca y zoque, se fermentó un modo de vida particular alrededor de las fincas ganaderas y de los "valles de ladinos" del mundo colonial, llamados así no tanto por sus características físicas, sino porque eran asentamientos no indios o de indios "latinos" o españolizados. Era un mundo mestizo —de blanco, negro e indio—, un mundo ladino, cuya estructura social giraba alrededor de las relaciones de producción características de esas fincas y aldeas: basado en la protección y en la servidumbre, en el honor y la lealtad, en la rudeza y el aislamiento. Sus contactos con el exterior, con México y Guatemala, se establecían por medio del comercio del ganado, el maíz, el cacao, el añil y las fibras, y, apenas hacia el final del siglo pasado, ese mundo fue dificultosamente penetrado por relaciones de tipo cada vez más capitalista.

Antes de trasladarse a Villa Flores, el centro de irradiación de esta particular cultura había sido, originalmente, el pueblo de Chiapa de Corzo; convertido por los frailes de la orden de santo Domingo en un *hinterland* cañero y ganadero: parte del cual es llamado La Frailesca. Sus tradiciones, y en especial las de los caporales que conducían los ganados al exterior y las de los rancheros y arrendatarios, habían sido modernizadoras y liberales a su manera. Tradiciones que encarnaron en algunos personajes ilustrados, dueños de medianas posesiones que rodeaban a las grandes haciendas y que —gracias a la Reforma liberal y a las denuncias de tierras— terminaron por convertirse, a su turno, en poderosos

[†] La colección de relatos, que consta de grabaciones en cinta magnética y sus transcripciones, está depositada en la Biblioteca Manuel Orozco y Berra de la Dirección de Estudios Históricos del INAH (Tlalpan, Ciudad de México).

hacendados, o en el puntal que daría paso al Porfiriato y a la penetración de capitales extranjeros. Pero lo eran también a su manera, sin olvidar sus orígenes y sin abandonar la vida campesina. Ángel Albino Corzo —el gran caudillo liberal de Chiapas— y Julián Grajales encarnaban muy bien a este grupo territorial, aliado de los liberales mexicanos. Su ideología soberanista y autónoma se expresaba como continuación de los escritos de las sociedades económicas anteriores a la Independencia, de las proclamas que demandaban tierras para los valles de ladinos y en la expropiación de los bienes del clero y de los conservadores atrincherados en la vieja capital colonial: Ciudad Real, San Cristóbal de Las Casas. Sus nombres de pila, que desdeñaban el santoral católico, mostraban un culteranismo que aún se expresa en la rápida implantación del protestantismo y la modernización agrícola: Virgilio, Sócrates, Sóstenes, Clímaco, Diocleciano, Patrocinio, Victórico, Amílcar, Dantón, Manuel Franklin, Filadelfo, Rosenberg... Y las formas de respuesta social, en momentos de crisis y conflicto, se acunaban en las tradiciones propias de estos "hombres de a caballo", acostumbrados a la intemperie y a la trashumancia ganadera, al disfrute constreñido de su riqueza, por patrones culturales igualitarios que tenían como lejano referente a la sociedad indígena. Los mozos y sirvientes, criados en los establos y en el aislamiento, compartían muchas cosas con los amos: estaban en todo, cultural y consanguíneamente, emparentados gracias al "derecho de pernada" que permitía a los patrones contribuir con su granito de arena a la reproducción de esta especie. Los propietarios y la *rancherada* eran tíos y padres, abuelos a menudo, a los que se debía "lealtad", a cambio de "protección": defensa contra cualquier peligro externo que atentara contra la integridad de una hacienda de la que todos se sentían propietarios.

El recuerdo de las actitudes caciquiles y paternalistas del caudillo Julián Grajales todavía persiste en La Frailesca; su temido fantasma, que aún se paseaba por las caballerizas de su finca, anunció el volcán de 1902 y todavía protege el ganado de su hato. Por eso mismo, y en una dinámica que los ocupantes mexicanos nunca entendieron, la mayor parte de los rebeldes que combatieron a la administración carrancista descendía de ramas diversas y entrecruzadas de las ceibas tutelares de los Ruiz, Macías, Grajales, Corzo,

Fernández, Castillo, Esponda, Muñoz, Castañón, Cal y Mayor, Velasco, Toledo, Nucamendi y otros que todavía se enraizaban en las estructuras políticas de la Capitanía General de Guatemala, de la Centroamérica colonial española.

En diciembre de 1914, y ante la ocupación de todo el sureste por el Ejército Constitucionalista, ante "los crímenes del ejército norteño de ocupación", los espadones totémicos de Grajales y de Corzo, las aventuras quijotescas del sargento Montesinos y los espíritus guardianes de las fincas volvieron a "montar el caballo de combate", en defensa de la "familia chiapaneca" y del hogar perturbado. La continuidad necesaria ya había sido asegurada por algunos, de manera tragicómica si se quiere, durante una efímera y extemporánea "revuelta maderista", que estalló en 1911, en Villa Flores. En ese episodio anunciador de lo que sería la *mapachada,* Nicolás Macías Ruiz y su cuñado, Arcadio Zebadúa, lograron convencer a algunos (Leopoldo Fernández, Carmen Cruz, Enrique Macías...) de "derrotar por las armas al Porfirismo", días después de que el gobernador porfirista, don Ramón Rabasa, presentara su renuncia al cargo. A fines de mayo de ese año, tomaron por asalto la finca San Antonio de don Manuel María Grajales, la de Pastor Pereda, La Majada de los Abadía, El Agua Zarca de don Caralampio Robles, La Victoria, etcétera, logrando juntar algo de dinero para su causa. El botín y la forma de obtenerlo nos dicen mucho de la vida cotidiana y de la modesta riqueza regional: a Grajales le robaron 520 pesos y le dejaron generosamente 20 pesos "para los gastos de su casa"; a Pereda le robaron 80 pesos, un par de espuelas, un par de zapatos, un rifle viejo, un vaso de peltre y una pistola. En Santa Inés, de Patrocinio Grajales, "rompieron un cofre del señor Galaor Grajales y abrieron una troje de maíz, dando abundante pienso a sus caballos". En fin, la sublevación fracasó porque nadie en La Frailesca quería levantarse en amas contra respetables rancheros del lugar y cuando ya el régimen de Díaz había fenecido.[†]

[†] Ya desde esa ocasión, un tal Santana Córdova, quien después sería un cruel oficial carrancista, el "Santana Hueso" de los relatos, se ofreció como voluntario para batir a los "rebeldes" (*La Libertad del Sufragio,* año 1, núm. 12, San Cristóbal, 6 de julio de 1911).